El Salmón

Revista de Poesía

Trópico Uno

Tres Manifiestos de la revista **Trópico Uno**, incluyendo **Rugido de bisagras** por Gustavo Pereira ■ **Rita Valdivia: Elogio de la refriega** por Luis Moreno Villamediana ■ **Eduardo Sifontes: Las formas del conjuro** por Luis Yslas ■ **Dossier poético** con textos de **Gustavo Pereira, José Barroeta, Jesús Enrique Barrios, Eduardo Lezama, Luis José Bonilla, José Lira Sosa, Luis Luksic, Eduardo Sifontes** y **Rita Valdivia** ■ **El alevín** con poemas de **Diego Sequera**

[año III - No 8]

El Salmón

Revista de Poesía

Rita Valdivia: 09

Elogio de la refriega

por Luis Moreno Villamediana

Eduardo Sifontes: 15

Las formas del conjuro

por Luis Yslas

Dossier poético

TRÓPICO UNO (1964-1965)

Manifiestos

El alevín 49

Diego Sequera

El Salmón - Revista de Poesía ■ Año III No. 8 ■ Mayo-Agosto 2010

Editores Santiago Acosta y Willy McKey **Colaboran en esta edición** Luis Moreno Villamediana, Luis Yslas ■ **Agradecimientos** Javier Aizpúrua, Lila Centeno, Diego Sequera, Gustavo Pereira, Luis Alberto Crespo, Delia Arismendi, Pedro Varguillas, Jesús A. González, Maily Sequera, Néstor Mendoza, Manuel Cabesa, El Submarino Amarillo, Marianela Díaz Cardozo, Vasco Szinetar, Luis Boza ■ **Impresión** Editorial Ex Libris [500 ejemplares] ■ Las opiniones emitidas por los colaboradores de *El Salmón* no son necesariamente las mismas de los editores. Esta revista se edita sin fines de lucro. El costo de cada ejemplar contribuye con los gastos de edición, impresión, distribución y difusión.

Depósito legal pp200802DC2772 ■ ISSN 1856-853x

Contacto elsalmonrdp@gmail.com ■ http://revistadepoesiaelsalmon.blogspot.com

Caracas ■ Venezuela

Trópico Uno (1964-1965)

La llegada de José Lira Sosa a Puerto La Cruz en 1964 fue lo que agenció aquella primera mesa en un bar de los alrededores de la Plaza Bolívar. Los poetas Jesús Enrique Barrios y Gustavo Pereira, junto al pintor Carlos Hernández-Guerra, eran los otros convidados. Según testimonia Pereira, "nos unía la amistad, la ideología, el alborozo surrealista y las ganas de no callar —y actuar— ante la ofensiva criminal de un gobierno que no se andaba por las ramas para perseguir, encarcelar, torturar y desaparecer a sus adversarios de la izquierda, generalmente jóvenes como nosotros". Así se fundó *Trópico Uno*.

El estudio de la literatura venezolana no debe negar que durante los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni hubo violencia y represión. Durante esos años se consolidaron los colectivos más significativos en la creación literaria de nuestro siglo XX, una lista de experiencias que incluye a *El Techo de la Ballena* y *Zona Franca* como las más representativas de lo que entonces eran las polarizadas maneras de entender la política. Dos abstracciones conocidas como "el orden constitucional" y "la lucha armada" sirvieron para justificar excesos —y torpezas— en ambos márgenes ideológicos, pero fue visible la persecución infligida a escritores, periodistas, editores y artistas, basándose en sospechas vinculadas con la actividad subversiva. El virus del mccarthismo y las fiebres revolucionarias caribeñas contagiaban nuestro trópico petrolero, que en ocasiones parece querer calcarlo todo.

Es durante estos años cuando *Trópico Uno* toma partido. El órgano de cohesión fue la revista homónima, con la adhesión, casi inmediata, del periodista y narrador Ramón Yánez, la pintora Gladys Meneses, el poeta José Barroeta y otros miembros como Eduardo Lezama, Luis José Bonilla, el muy joven Eduardo Sifontes y los bolivianos Luis Luksic y Rita Valdivia, otra integrante casi adolescente. *Trópico Uno* imprimió un total de cuatro números (donde también aparecieron textos de Luis Camilo Guevara, Caupolicán Ovalles, Arnaldo Acosta Bello, Ángel Eduardo Acevedo, Elmer Szabó, Argenis Daza Guevara y Víctor Salazar, entre muchos otros) y editó los poemarios *Preparativos de viaje* (1964), de Gustavo Pereira, y *Por mi*

cuenta y riesgo (1967), de José Lira Sosa. Sumado a esto, un colectivo artístico de Barcelona llamado *El Círculo Ariosto* —formado principalmente por estudiantes de la Escuela de Bellas Artes "Armando Reverón"— publicó bajo su sello editorial dos compilaciones de textos de los poetas de *Trópico Uno*: el libro *Bajo la refriega* (1964) y el folleto *7 poemas* (1964). En 1969, en una experiencia extemporánea de la vida del grupo, Gustavo Pereira y el artista plástico Pedro Báez intentaron revivir con *Trópico Tres* lo que había sido la aventura de *Trópico Uno*. Ese folleto, dedicado a la memoria de la recién asesinada Rita Valdivia, incluyó textos de Caupolicán Ovalles, Carlos Noguera, Eduardo Sifontes, Eduardo Lezama y Thelma Nava.

Aunque este catálogo parezca escueto al lado de la producción editorial de algunos contemporáneos —como *Tabla Redonda*, *El Techo de la Ballena*, *40 Grados a la Sombra* o *En Haa*—, articula medularmente una propuesta que, si bien se extravió en la sonoridad panfletaria, permitió descubrir el ideal del compromiso político de una poética heredera del surrealismo: la tropicalización de aquél *alborozo* germinal.

En los dos primeros números de la revista aparecieron unos textos muy breves que han sido considerados como los manifiestos del grupo. Sin embargo, el mejor escenario para ver los planteamientos ideológicos y estéticos que definieron la actividad creadora de los miembros de la revista son piezas más extensas: "Rugido de bisagras" y "Paso a dentelladas", ambos escritos por Gustavo Pereira, aunque el segundo aparece firmado con el seudónimo Luis Henrique Persa.

Actuar y no callar… incluso actuar y no simplemente hablar: ésta es la lección que cede *Trópico Uno* a quienes aún confían en la inmanencia política de las potencias poéticas. Pero para que estas pulsiones se transformaran en una apuesta posible, aquellos colectivos de la década violenta plantaron distancia frente al Poder y mantuvieron su independencia creativa. En resumen: producir a contramano de una dinámica cultural que —desde la creación del mítico Inciba— ha convencido a muchos autores de que las estrategias emancipadoras del arte deben incluirse en el presupuesto del Estado y que la creatividad se resuelve mediante políticas públicas.

Pereira recuerda que durante los años de *Trópico Uno* "nos atacaba *Zona Franca*, que había fundado Liscano como suerte de contrapeso [...] y, desde luego, los medios, poetas, artistas e intelectuales adherentes a los gobiernos de entonces. Nos acusaban de cartelarios, antipoetas, vulgares y otros calificativos que nos enorgullecían viniendo de quienes venían". Aquel orgullo estuvo justificado: ¿cómo puede ejercer un poeta la crítica si está adherido al Poder?; ¿cómo salir ilesos de la imposibilidad de ser contraste? Estar tan cerca genera el riesgo de atender estrábicamente la urgencia de cualquier poesía ajena, contraria, distinta.

El tercer año de *El Salmón - Revista de Poesía* está dedicado a la revisión de tres agrupaciones literarias venezolanas: ya se hizo con *Apocalipsis* y se hará en nuestro próximo número con *En Haa*. Nuestra intención, como siempre, es la de proponer una lectura alternativa de ciertos aspectos de nuestra historia literaria, partiendo de aquellas obras, poetas o agrupaciones menos atendidas por la academia, las editoriales y la crítica, y por eso menos recordadas por los lectores de poesía de nuestro país.

1. TRÓPICO UNO entiende que la poesía no se fabrica de acuerdo a fórmulas deliciosas, rigurosamente aprendidas en las Escuelas de Letras.

2. MIENTRAS más capaces e idóneos sean los profesores, menos creemos en la obra de sus alumnos.

3. TRÓPICO UNO considera que no hay nada tan sospechoso en el terreno de la literatura como una revista literaria y además provinciana.

4. FRENTE a este hecho objetivo nada tenemos que aducir en nuestra defensa, pero tampoco nos declaramos culpables.

5. POR OTRA PARTE todo intento de defensa nos haría aún más sospechosos.

6. SOBRE TODO si se considera que no creemos en la Literatura.

7. TRÓPICO UNO no aparece por necesidad ni para llenar ningún vacío.

8. NI EN FUNCIÓN de renovar nada.

9. TRÓPICO UNO no se ha gestado. NACE.

En el primer número de *Trópico Uno* [julio de 1964]. s. pp.
Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

1. DEBIDAMENTE establecidos los contactos TRÓPICO UNO afirma su furiosa intransigencia en favor de crear la atmósfera subversiva que, hoy por hoy, el hecho poético reclama en nuestro país.

2. NO se trata de solazar a los Culpables con fuegos de artificio verbales.

3. NI mucho menos determinar supuestas zonas francas del espíritu cuando lo que se requiere son territorios libres de prevaricadores y de augures de la entrega abominable.

4. DESCALIFICADA como está la vida exclusivamente literaria y la existencia gratuita.

5. EN un mundo que nada tiene de gratuito.

6. TRÓPICO UNO rechaza el simulacro de autoridad artística, literaria u otra, al cual supuestamente debemos estar sometidos.

7. LA irrupción flagrante de TRÓPICO UNO coincide con un período de fermentación y de descomposición, de desgarramiento y de desprecio.

8. BAJO tales influjos se legitima nuestra precaria condición.

9. Y se exalta la necesidad de ser cada vez más agresivos.

Tomado de *Manifiestos literarios venezolanos*, compilación realizada por Juan Carlos Santaella [Edición ampliada. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992], quien lo toma del segundo número de *Trópico Uno* [septiembre-octubre de 1964].
Ejemplar ausente en la Hemeroteca Nacional de Venezuela

Rugido de bisagras

1. En esta década conmovida por la subversión, la poesía anuncia su entrada a la sala con un sonoro rugido de bisagras. Salimos a recibirla con los ojos pelados por la temperatura. El cuerpo que abrazaremos tiembla con magníficos chisporroteos, la boca que besaremos está preparada para la arenga y para el susurro.

Sabemos que hoy no nos sirven, pura y llanamente, los versos, al diablo los versos. No nos sirve la historia de siempre, amantes lanzándose de cabeza desde un onceavo piso.

Nos sirve el poema monolítico y redondo sólo después de largo entrenamiento al fuego y únicamente luego de prolongado aburrimiento crónico en la sociedad cristiana.

Contra la estrechez y la monotonía oponemos el infinito y los bailes de plaza pública.

Rechazamos un orden de valores en evidente estado de precariedad.

Rechazamos la fuerza individual, a menos que esté encajada en la carne de la fuerza colectiva como un largo tornillo.

2. Pero los viejos poetas han obtenido control apreciable sobre los medios de producción, gracias a sus antiguas posiciones renovadoras. Como disponen de suficiente armamento y malgastan tanta pólvora, es menester declararles guerra prolongada, mellando sus bien fortificadas trincheras con mechas de puro coraje y fuegos de salva y plomo, al paso que se saluda el advenimiento de un tiempo mejor.

Un enorme detonante debe ser colocado en las fosas nasales de la vieja poesía.

No hay semáforo que pueda detener el paso de este increíble auto cargado no de flores sino de percutores.

No hay puerta que resista uno solo de sus soplidos.

Quienes se decían jóvenes eran más tímidos que ratas.

No supieron aprovechar la esclusa abierta y dejaron vaciar el tanque.

Pero la antiguamente protozoaria poesía, hoy turbamulta, había salido a vengarse.

De pronto se descubrió una realidad de pipotes y en el registro apareció la bastante maltrecha cartelera de imágenes en llamas. A partir de allí se inicia el cordel del papagayo, de cuya cola comienzan a desprenderse tizones.

Los viejos poetas se sienten en el aire. La ley de la gravitación universal no les emociona en lo más mínimo.

Los nuevos poetas *están* en la tierra y la realidad les hurga los oídos con palillos chinos.

3. Ya no nos sirve el individualismo de medio siglo, y a nadie importa el asunto de su cigarro.

El ritmo, la rima, la frase oscura y el fondillo interno son animales prehistóricos cuyas osamentas reconstruyen en los museos: sus espacios intercostales están llenos de vacío, y desde su interior se mira el mundo como desde cárcel.

La aventura poética es hoy, más aventura que ayer, porque *hoy* se ha planteado por primera vez en la raquítica historia de este país una salida inmediata, una vía no de escape sino de conquista, cubierta con clavos al rojo, por donde, necesariamente, todos tendremos que pegar la Gran Carrera.

Es un problema de señalamiento y de mordisco. No nos vamos a morder nosotros mismos.

Hay mordiscos inofensivos y hay mordiscos mortales.

Un mordisco inofensivo es el de un novio a una novia cuando la besa.

NOSOTROS PEDIMOS ADEMÁS
OTRO TIPO DE MORDISCO.

Pedimos que la estrofa invada la calle, mezclándose entre la multitud.

Pero no entre una multitud de aguardentosos.

Hay una multitud que cabalga bajo los postes de alumbrado con los ojos pelados de hambre.

Hay una multitud de hombres justos sobre la tierra de nuestro país, bien diferenciados por la sonrisa mesiánica y el pelo revuelto.

Nosotros pedimos que el poema deje de cantar el asunto tradicional, que el asunto tradicional deje en paz a los poetas, que los poetas dejen en paz al asunto tradicional.

Pedimos que la jarra de cerveza sea cambiada por una de sesos.

"A mí no me gusta la poesía sin alma". Maiakovski.

Hay que vomitar el veneno interior que han depositado en nosotros el sistema y la clase.

4.- Los poetas con melena no nos sirven, no nos sirven los habladores de paja de monte.

Nos sirven los poetas afiebrados y serenos, locos pero conscientes, tímidos pero valientes, batalladores pero vencedores, peleadores y pacíficos, estudiosos y disciplinados. Carpinteros. Albañiles. Mecánicos. Tractoristas. Zapateros. Estibadores.

Nos sirven los poetas pobres, pobres y zarrapastrosos, porque entienden el peso de la nada.

Nos sirven los poetas hambrientos porque digieren hasta lo imaginativo.

La comodidad y la poesía han reñido.

Los clásicos no nos sirven.

Los neoclásicos no nos sirven.

Los supraclásicos tampoco.

No nos sirve más que el clasicismo de la sangre.

Aquellos que proclamaban el abandono de las viejas fórmulas, ¿qué se han hecho? ¿Nos han cambiado viejas fórmulas por viejas fórmulas? ¿Dónde están los copiadores de la Biblia? ¿Encerrados en la bañera del Palacio Episcopal?

Las leyes de la libertad no han sido hechas para escribirlas sino para conquistarlas.

5. "La poesía siempre ha vencido a los poetas, pero nunca ha logrado desembarazarse de sus parásitos, los críticos que relacionan todo con las más pequeñas necesidades artísticas y sentimentales. Se trata de la conservación de una élite directamente interesada en evitar, retardar o disimular el nacimiento o la existencia de valores nuevos, subversivos por definición". Eluard.

La poesía busca el acercamiento visceral entre los hombres. Ninguna otra cosa en el mundo posee tan desproporcionadamente el sentido de su propia inutilidad práctica.

Un rugido de bisagras saluda su organismo desarticulado y un millón de versificadores se sienten atraídos por su aparente cursilería.

La verdadera poesía no puede escribirse.

Debemos contentarnos con una aproximación pancreática. El lenguaje es tanto más ruin cuanto más esfuerzo haga el poeta para permitirle expresar otra cosa que no sea pancreatismo.

La única poesía que aceptamos es la hecha con el páncreas.

Porque es la que más nos aproxima al fin.

Es decir, a la liberación.

Cada uno de los mil significados de la palabra sólo revelará cada una de las mil cualidades del páncreas. La transformación en poesía debe hacerse con el páncreas.

Los viejos poetas utilizan el corazón para contraponerlo a lo demás, creyendo con este método efectista ponerse a salvo. Peo la poesía, a partir de su propia coraza, salvo su olor, no da señal alguna de existencia. Se figura que el moho sobre los ojos la ahoga. Se figura que sale despedida, oliendo malo, porque la carne de un viejo poeta no huele a flamboyant.

La poesía es algo más que frescura, cosa agradable, papel para limpiar lugares atrasados. Es algo más que poner pies en polvorosa, más que fregar el parque, más que construcción de adobe, más que excremento cerebral sacado con pinzas de hule, y más y mucho más que vómito . Es revelación, pura revelación.

Es el descubrimiento de lo inesperado. Es la carne de gallina. La sorpresa mayúscula. Es la dignidad al servicio de todos.

6. CUANDO TODOS los poetas hayan perecido, la poesía seguirá viva. Pues "poesía es aquello que, sin esfuerzo, mueve cielo y tierra y suscita la piedad de los demonios y dioses invisibles; es aquello que endulza los vínculos entre hombres y mujeres, y aquello que puede confortar el corazón de los feroces guerreros". Kino Surayuri (Año 950 después de Cristo).

7. BASTA DE TONTERÍAS. Basta de tirar el dinero. Basta de acomodar las frutas podridas. Basta de bucear adentro, si el alma está pelada y seca. Basta de anonadamiento. Hay que echar afuera todo. Es absolutamente necesario agarrar la palabra hasta arrancarle aullidos. La inutilidad práctica del poema debe contribuir a minar la inutilidad ontológica del sistema.

¿Quién dijo miedo a la palabra?

¿Quién levantó un puente entre las buenas costumbres y la poesía?

Los nuevos poetas le abrirán a la poesía paso a tiro limpio por entre lugares comunes y espejos, y conquistarán definitivamente para ella la libertad, y para nosotros la libertad.

Puerto La Cruz, 1964.

GUSTAVO PEREIRA

En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo de 1965]. s. pp.

Entre los materiales publicados por la revista *Trópico Uno* resaltan los textos de la joven poeta boliviana Rita Valdivia. Acerca de su expresividad única, signada por la fatalidad y el desahogo, reflexiona el siguiente artículo del poeta y crítico Luis Moreno Villamediana

Rita Valdivia:

Elogio de la refriega

POR LUIS MORENO VILLAMEDIANA

Si uno leyera todo poema como la pura señal de una biografía, tendría que admitir en algún momento la intromisión en esa vida de las nociones de vaguedad e incoherencia: hay textos que sólo de paso hacen alusión a eventos discernibles o a nombres propios que se hallan en los anales o los directorios; otros que saben enredar toda vinculación entre un término y su significado, como si mostrarse evidentes fuera una apostasía; otros más prefieren la sencilla transgresión, y se dejan leer como modalidades negativas, brumosas, de aquello que refieren. La obra brevísima de Rita Valdivia es un ejemplo de todo eso.

A otros les cuesta menos remitirse a la facilidad. En una nota reciente de Tarek William Saab se describe a Valdivia y a otros poetas de Anzoátegui con grandilocuencia: ellos pertenecen a una "estirpe de seres excepcionales, de pequeños genios truncados por el hambre, la desolación y el desamparo". Antes, Saab sugirió de ellos

—y dijo de otros— que son “artistas predestinados a ser mitos”, y de inmediato escribió de Valdivia, en particular, que “será para nosotros una flor trunca sin espinas brotando en la resolana”. El resultado de ese retrato no puede ser más locuaz: Rita Valdivia, Eduardo Sifontes, Eduardo Lezama y Luis José Bonilla “se inmolaron con el fuego de su arte” (p. 47). Como ejercicio hagiográfico, esa frase final sólo puede entenderse como la oblicua descripción de una práctica política: Rita Valdivia, la Comandante Maya, de hecho murió en Cochabamba asesinada por las Fuerzas Armadas de Bolivia —su país de nacimiento. El concepto de inmolación enlaza aquí los trabajos de poeta y revolucionaria, y así parece concluir que la forma de morir y la escritura son variantes intercambiables de un mismo arquetipo.

«En una sinécdoque perfecta del texto, eso que leemos muestra con firmeza una ecología hermosa, degradada, humana. La conciencia que nota aquellas luces sabe ver, igualmente, la corriente menguada y el drama de la humillación y el suicidio»

Se entiende que no hay sistema que no promulgue su forma privativa de promoción y de lectura —sus propios modos de canonización. Sin embargo, los escasos poemas de Valdivia se resisten a convertirse en testamentos o en fósiles: hasta las declaraciones partisanas de textos como “Defensa a la Calle”, “Elogio a la Huida” y “Estructura” —incluidos en la antología *Bajo la refriega* (1964)— están escritas en un lenguaje que simultáneamente participa de lo metafórico, lo narrativo y lo panfletario, y con ello crean una tensión irreductible. Me atrevo a decir que hoy su mayor virtud es la impericia: en esos versos no encontramos la controlada expansión de la poesía de Gustavo Pereira o José Lira Sosa (dos de sus compañeros de *Trópico Uno*), quienes por esos tiempos respectivamente escribían los poemas que habrían de culminar en los libros *En plena estación* (1966) y *Por mi cuenta y riesgo* (1967). Lo que en ellos pudo convertirse en furor muchas veces irónico, o en ocasiones exaltado y lírico, en Valdivia se desarrolló como un estupor indeciso.

En “Defensa a la Calle”, por ejemplo, el título mismo nos confunde, y hace lícito preguntarse si nos remite a un imperativo (“saquemos la defensa *a* la calle”) o a un yerro (podría tratarse en su lugar de una apología *de* la calle). La sencilla preposición no resume el poema, pero sí lo retrata. En él, el propio inicio elude a un tiempo lo bucólico y lo roto: “Se han desparramado las luciérnagas / sobre el rostro anémico del río. / Las algas que se arrastran son faldas / de prostitutas amantes de peces / y raíces” (p. 13). En cinco líneas se puede armar un universo; en una sinécdoque perfecta del texto, eso que leemos muestra con firmeza una ecología hermosa, degradada, humana. La conciencia que nota aquellas luces sabe ver, igualmente, la corriente menguada y el drama de la humillación y el suicidio. A partir de ese escenario, el poema se desarrolla con la alternancia de los movimientos de la mano.

Al cerrarla, la autora *contiene*, explícita o sesgadamente, "una risa azul enredada en historias", "niños / mostrando su desnudez al sol", "un hombre de frente arrugada"... Ese acto resulta inconveniente, de allí que más adelante se vincule con el verbo *retener*: "Me he cansado de retener otros mundos / en mi puño". La continuación es bastante expresiva: "Lo abro de golpe". Pero el binarismo de esa secuencia no encubre una salida maniquea. A Valdivia no se le ocurre transformar una observación en enseñanza, como si hubiera aprendido temprano que en general la poesía de urgencia raras veces oculta los clichés. La dialéctica no se convierte aquí en el soporte de una simplificación: si en el primer gesto *contener* se asocia al acompañamiento y a la retención, en el otro confirmamos que la apertura de la mano libera sin salvar de las contiendas. Hasta podría decirse que después viene una especie de elogio atenuado de las misceláneas—el poema es el receptáculo de la diversidad: "El viento estremece y los niños / y la sangre y la savia, / se embadurnan en el cieno; / en la tierra se mezclan con los excrementos / del tiempo, / con los escupitajos del dios yanky, / del dios europeo" (p. 14). No estoy seguro de que esa referencia —con todo y su singularidad ortográfica— sea una sanción definitiva: las deidades extranjeras, sin duda enemigas, está ahí para la confrontación, como hitos entre aquellos "excrementos del tiempo"; pero fue la acción del sujeto la que de antemano provocó el salto al pantano. A lo mejor ese gesto de embadurnamiento se considera útil, como una manera de participación política y mundana.

En la última estrofa del poema hay un verbo que alude a aquellos dos que he resaltado. Ya Valdivia ha escrito allí mismo que siente "un tropel de formas / que van abriendo las puertas de mis entrañas". Lo que buscan con esa brusca llegada es salvaguarda; el sujeto poético nos dice: "Cierro los ojos... no los detengo. / ¡Cierro los ojos!". Con eso comprobamos que el texto se sostiene en buena parte sobre la oscilación de algunos sinónimos: contener, retener, detener. Directamente conjugada en primera persona o asociada a ella, esa tríada pone en evidencia la realidad fluctuante de una voz que no puede ser rígida. La lectura de "Defensa a la Calle" termina por mostrarnos que en esa serie y su complejidad es posible encontrar una poética que privilegia la anfibología sobre los axiomas.

Los dos poemas que siguen en la compilación son más explícitos como discurso político, pero no menos inestables en su resolución. En "Elogio a la Huida" no faltan las imprecaciones a un policía; la construcción vocativa le sirve a Valdivia para denunciar el confinamiento y la tortura. Como forma de solidaridad, la voz indica que ella debe ser encancelada: "Llévame! policía... llévame que hoy en el crepúsculo / maté a tu hijo como se mata una mosca; / le quité las piernas, los brazos, el cuello. / Lo maté en mi pensamiento" (pp. 15-16). La intimidación expuesta en esas líneas es como el signo de una energía movilizada, que en una época de violencia política general está consciente de la importancia de la acción. Se dirá que tal acción en realidad es imaginaria; ciertamente, como esquema de lucha el texto podría interpretarse como un ejercicio de simulación. Sin embargo, Valdivia se sitúa adrede lejos de algunos poemas de Lira Sosa, como "Lucha" y "Por mi cuenta y riesgo": en esas páginas, la escaramuza guerrillera es vista como algo de lo que

otros se ocupan, y aunque el triunfo se dé por sentado en aquél ("entonces no tendré mis raíces petrificadas / en el hastío / sino la exaltación de mi alegría metálica", p. 68), en éste hay mucho de culpa por no ser parte de la ofensiva ("Yo puedo soñar maniáticamente. Pero, no puedo esperar que siempre otros combatan por mí. Algún día tengo que hacerlo, directamente… por mi cuenta y riesgo", p. 72). Gustavo Pereira también está distante: su "Rugido de bisagras", por ejemplo, se compone de provocadores y deslumbrantes apotegmas, en una sucesión que hace del texto una suerte de programa. Valdivia, por su lado, en cierto modo confía en la eficacia de lo expuesto —la poesía como anatema: "Oh, policía de cara sonriente, permíteme destrozarte, / picarte, freírte y servirte de cena. / Pero sólo me retuerzo las manos y río como ríen las palomas; / ríe como ríe una partícula de polvo, como un hilo de sangre… / Policía, no me llevas?" (p. 16).

«El desenfado de esos versos es muy singular, poco tiene que ver con la irreverencia sostenida de Gustavo Pereira, Víctor Valera Mora o Caupolicán Ovalles. De hecho, Valdivia parece tentada constantemente a incluirse sin ironías en el texto, como si las muestras de humor ante el poder fueran apenas un costado del poema posible»

El desenfado de esos versos es muy singular, poco tiene que ver con la irreverencia sostenida de Pereira, Valera Mora o Caupolicán Ovalles. De hecho, Valdivia parece tentada constantemente a incluirse sin ironías en el texto, como si las muestras de humor ante el poder fueran apenas un costado del poema posible. La "precaria condición" que el segundo manifiesto de *Trópico Uno* declaraba como condición legítima del grupo, en ella se convierte en rasgo personal. No cuesta ver que su poema "Estructura" se conforma de crítica social en la tradición de Antonio Arráiz, digamos; mordacidad política, según el patrón de "¿Duerme usted, señor Presidente?"; y en los extremos, como inicio y como corolario, variados rasgos confesionales. El conjunto de estrofas no sabe definirse como unívoco, de allí su fachada de retazo y su riqueza potencial —como simbiosis de los anteriores, "Estructura" se asume como mezcla, maldición y desahogo. El poema se cierra con una inflexión que tradicionalmente hemos atribuido a Miyó Vestrini, Martha Kornblith y Manon Kübler: "Callo y miro. / Soy una maldita que busca pesadillas / para colgarlas en las paredes de mi cuarto / y evocarte a ti / a ti mezcla, / animal sin alas; / a ti que jamás quitaras / las plantas de los pies del suelo" (p. 18). Lo que esos versos puedan tener de correlato biográfico es más bien conjetural; buscar en los duelos de Valdivia o en los detalles de su asesinato la razón de su poesía es incurrir en una contracción a la que ella misma se resiste. Sea por los antojos de sus editores o por la real cronología de su escritura, los poemas de quien sería después la Comandante Maya revelan una innegable propensión al desvarío. Supongo que es una tendencia algo utópica, al cabo materializada en el papel

de las revistas y volúmenes antológicos donde se publicaron. Esa utopía de la que hablo se vincula con la idea del texto como lugar descosido o desbordado, sin anclajes estrictamente anecdóticos, sin lecciones del todo discernibles. En cierto sentido, la poesía de Rita Valdivia es la realización de una solicitud de José Lira Sosa y de un propósito de Gustavo Pereira: el primero había pedido en "Lucha" que por medio del combate sus bíceps se transformaran en "desatino irreparable" (p. 67); en "Rugido de bisagras", el segundo había precisado que "cada uno de los mil significados de la palabra sólo revelará cada una de las mil cualidades del páncreas. La transformación en poesía debe hacerse con el páncreas".

Pancreática y desatinada, la obra de Valdivia a partir de "Aullido poema Octogonal" —el último de los textos suyos incluidos en *Bajo la refriega*— tiene su base en esa multiplicación semántica del lenguaje. En ese poema en particular, el adjetivo *octogonal* gravita en función de una revuelta: con esa palabra se describe el silencio que los graznidos y aullidos destruyen, y que se asocia con la autoridad de los ancestros. No es aceptable entonces ni la herencia de los *beatniks* —la referencia al *Howl* de Allen Ginsberg es un simple engaño. Esos versos son como la puesta en escena del motín, sin tener que recurrir a precisiones anecdóticas. El final suena arcaico, quizá un poco quevediano: la "lluvia de indiferencia" se mezcla con la noche, la risa, la sombra, "fosilizando ideas premáticas" (p. 19). Extrañamente, ese último sintagma —desusado, obsoleto— nos da la impresión de un neologismo: lo que tiene de sorpresivo es el modo en que el léxico se renueva sin atención al prestigio o las convenciones. En sí mismo, ese lenguaje es el asomo de las aperturas siguientes, en textos en prosa que se fundan en el despiste de claves erradas y nombres que a propósito buscan extraviarnos.

«No hay modalidad expresiva que no tenga la marca de un fracaso —sea como metáfora, narración o panfleto. En tanto que amasijos, esas páginas son el cruce de posibilidades, prácticas verificadas en oraciones legibles, y fiascos verbales»

Cuestión de lógica; conclusiones: leídas así, sin las comillas que las hagan distinguir como títulos de sendos poemas, esas palabras apuntan a un procedimiento discursivo fundado en la relación entre los silogismos y su previsible desenlace. Para Valdivia, sin embargo, la nominación puede ser un conjunto vacío. No hablo de que "Cuestión de lógica" y "Conclusiones" —incluidos en el tercer número de *Trópico Uno*— sean textos crípticos: más que la representación de un mundo cuya novedad y diferencia sólo sea evidente por la dislocación del verbo, esos dos poemas son la demostración de que, en realidad, todo es deshilachado. No hay modalidad expresiva que no tenga la marca de un fracaso —sea como metáfora, narración o panfleto. En tanto que amasijos, esas páginas son el cruce de posibilidades, prácticas verificadas en oraciones legibles, y fiascos verbales. Antes hablé de impericia. Ese concepto, en principio, parece una

descalificación; en verdad, a lo que alude es a la negación de la maestría, lo que llevó a Valdivia —queriéndolo o no: eso es lo de menos— a ejercitar una escritura que no optó por la ilusión del cierre total o la figura geométrica de la redondez. Si se examina el vocabulario de esos dos poemas, se verá que Valdivia no se abstiene de usar lo necesario: ahí se menciona la deducción, se aclara que algo es lógico, se recurre constantemente al conector "entonces". Pero esos signos apenas sirven para enlazar lo que no se asimila, y con eso ponen en entredicho la equivalencia semántica, la noción de analogía, la validez de las premisas, el prestigio de la literatura como arte —¿qué puede haber de satisfactorio o bello en el amontonamiento de frases que mutuamente se impugnan?

En "Conclusiones", incluso la naturaleza pancreática de la poesía resulta insuficiente: "Otra conclusión de paloma que acaba de expirar, su voz casi me extorsiona para invocar a un dios y busco loca entre la pleura de mis pulmones, en el ventrículo izquierdo, una respuesta fisiológica. // Nada. Es mejor esperar con las manos abiertas la respuesta del sol". El final es nada más ilusoriamente candoroso, como si se tratara de una tautología: la respuesta del sol es la respuesta del sol es la respuesta del sol es la respuesta del sol. Cuando llegue, si llega, esa contestación tendrá la estructura, invisible, de su propia estructura: nada de moralejas, ni de fábulas previas, ni de adagios.

Como esa luz, la poesía de Rita Valdivia tiene una anatomía contenida en su propia armazón. Los textos en verso nos remiten a los textos en prosa, y a la inversa. Poesía-manicomio, digamos, donde se grita, se aúlla, se llora, se defeca, se grazna, se mira, se contiene, se retiene, se tortura, se burla, se muere, se detiene: no hay verbo ni acción que en ella no sea posible, aunque no se encuentre explícitamente en su inventario. Su escritura figura un crecimiento cuyos bordes se diluyen, con una especie de torpeza que ha dejado de creer en la eficacia de la movilidad. Llamarla trunca sería preguntarse por lo que habría sido de ella si a la autora no la hubieran matado. Esa hipótesis no tiene sentido; sus variantes nos llevan a una adivinanza: la obra de Rita Valdivia habría sido semejante a... Si en la incógnita cabe el nombre repetido de Rita Valdivia, el pleonasmo nos regresa al comienzo. Ya los poemas de Rita Valdivia recuerdan a los poemas de Rita Valdivia, y con esa fórmula seguimos reiterando la lógica que dimos por vencida. Habrá que ver esa obra como algo distinto que ni siquiera es obra, sino, tal vez, la provisión de la traba de convertirse, finalmente, en obra.

Bajo la refriega. Barcelona: Ediciones Círculo Ariosto, 1964.

José Lira Sosa. *Por mi cuenta y riesgo*. s. d. [Porlamar: Tipografía Avance, 1967].

Tarek William Saab. *Revista Cultural Comarca*. Año IV/Volumen 4. Mérida: 2010.

Trópico Uno. N° 3 [febrero-marzo 1965].

La vida de Eduardo Sifontes estuvo marcada por la prisión y la tortura. Es posible que las lecturas de su obra se hayan intoxicado de historia, desatendiendo su apuesta estética. En esta ocasión, el crítico y profesor Luis Yslas intenta rescatar las potencias poéticas de su libro póstumo *Las conjuraciones y otros poemas* (1975)

Eduardo Sifontes: Las formas del conjuro

POR LUIS YSLAS

El paso de Eduardo Sifontes por la poesía venezolana fue meteórico: de fugaz quehacer y profunda huella. Entre los escasos datos biográficos conocidos destacan su versatilidad creadora (fue clarinetista, artista plástico, narrador y poeta), su entrega a la lucha subversiva de la izquierda durante los eruptivos años sesenta, su prisión —y tortura—, además de su temprana muerte a los 25 años, víctima del cáncer. Es decir, los ingredientes propicios para que su poesía se haya prestado, en más de una ocasión, para las lecturas embelesadas que pretenden utilizarla —y divulgarla— como el fiel reflejo de una existencia trágica que calza más en la didascalia política que en la tradición literaria.

Sifontes no entiende su escritura como vehículo del ímpetu guerrillero ni como consola de quejumbres. Los poemas logran esquivar el común tropiezo de los jóvenes escritores con el peldaño de la

sangría autobiográfica. Constancia de esa lucidez es *Las conjuraciones y otros poemas*, poemario publicado póstumamente en 1975 y compuesto por 17 contundencias de concisa y libre versificación, que registran el desamparo de un yo que ahonda en su dualidad, (pre)medita el dolor, invoca la música y aguarda la liberación de la muerte. Aquí la palabra *pueblo* es una ausencia y el fracaso instaura su señorío.

«Tocado, posiblemente, por estos llamados a la gestación (y a la gesta) de un arte combativo, Sifontes comprende que su trajinar poético no es el paso previo de la lucha social: es ya la lucha librada en el campo de la palabra»

Esta temprana conciencia del "Poetica", como lo llamaban sus camaradas, le debe mucho al grupo y la revista *Trópico Uno*, donde Sifontes colaboró cuando era un adolescente. Es posible hallar ciertas correspondencias entre las ideas de esta cofradía de escritores y artistas plásticos y lo que luego el poeta adoptaría (y adaptaría) en su propia fragua creativa. Una muestra de esto puede encontrarse en fragmentos del explosivo "Rugido de bisagras" de Gustavo Pereira, suerte de manifiesto incluido en el número 3 de la revista: "La poesía es algo más que frescura, cosa agradable, papel para limpiar lugares atrasados. Es más y mucho más que vómito. Es revelación.... Es el descubrimiento de lo inesperado... Es la dignidad al servicio de todos... Los nuevos poetas le abrirán a la poesía paso a tiro limpio por entre lugares comunes y espejos, y conquistarán definitivamente para ella la libertad, y para nosotros la libertad". Está claro: la libertad social pasa necesariamente por la libertad poética. No hay viceversa. Esta utopía —y la certeza de su fragilidad— es la que recorre *Las conjuraciones...* de Eduardo Sifontes.

Tocado, posiblemente, por estos llamados a la gestación (y a la gesta) de un arte combativo, Sifontes comprende que su trajinar poético no es el paso previo de la lucha social: es ya la lucha librada en el campo de la palabra. Su escritura traduce con contención y firmeza las contingencias de la historia al idioma de su imaginario verbal. Y ese traducir es un reconducir al campo del lenguaje su experiencia emocional, física e intelectual. Para lograrlo se vale de un lenguaje de eficaz sobriedad: antes que descarnado, óseo; a ratos desangrado. Un verbo que oscila entre el discurso abstracto y el vocabulario cotidiano, pero que no prescinde de lo orgánico, espina dorsal de su escritura: "Camarada mía, sumisa, levántate y oye / la más dulce música que mea un cadáver que camina", se lee en un poema llamado, no sin ironía, "En posición premeditada" (p. 17). Orfeo ya no canta: orina. Es un cadáver que transita "ebrio, condenado, con el cuerpo malo / y aullando / y cantando / en posición premeditada, los gemidos bestiales de mis pulmones" (p. 17). No es extraño, entonces, que la poesía de Sifontes se identifique con una noción sagrada de la palabra. Más afín a lo órfico que a lo proletario. De ahí que su único libro publicado en vida se llame *Rituales* (1972) y que el que ahora nos ocupa tenga

por título *Las conjuraciones...* El nombre es ya un acierto de plural riqueza semántica, pues el término *conjurar* no sólo atañe al juramento que liga a los miembros de un grupo, sino también a una forma de conspiración, ruego y exorcismo. De modo que si las conjuraciones, en todas sus acepciones, marcan la vida de Sifontes, resulta una acertada síntesis poética (y vital) reunir en este poemario esos diversos y hasta disímiles ángulos en un ámbito que los incluye y los confronta. El primer poema, "Escolta", ofrece las constantes poemáticas del libro: "No sé quién me vigila los pasos. No sé... / Sólo escucho el tronar de los relámpagos lejanos. / Y la soledad múltiple comienza a hipar" (p. 9).

La sombra es aquí el otro, el que acecha. La policía o la poesía. Ambos perseguidores pueden ser el signo amenazante, estimulante. En todo caso se trata de una huida infructuosa. Pero el otro puede ser también la alteridad que habita en el yo: su escolta. Lo que custodia o protege, lo que "vigila los pasos". No hay aclaratorias, sólo la incertidumbre que acaba en soledad y llanto. La fatalidad de no saber si aquello que persigue es una sombra ajena que acaso sea propia.

Es inevitable que la lectura de estos poemas traiga a la memoria el nombre de César Vallejo. Cierto que tanto Sifontes como el poeta peruano acusaron el dolor físico y metafísico. Ambos simpatizaron con la izquierda política, padecieron cárcel y asumieron el arte como el tenso equilibrio entre las fuerzas de la creación y las del compromiso social. Ambos sintieron el desarraigo de no pertenecer del todo al tiempo que les tocó, e hicieron de ese desconcierto una poesía visceral. Es comprensible que el "Poetica" haya encontrado no sólo en la obra sino en la vida de Vallejo, más que una influencia literaria, un semejante. Ese reconocimiento no se disimula en *Las conjuraciones...* Basta recordar el "no sé" que abre el libro, "los golpazos", la tendida "camisa" de su "su sudada epidermis" y otras huellas de clara estirpe vallejiana. Pero Sifontes muestra sin disimulo en dónde abreva su poesía para luego andar por sí misma. Su obra, si bien es ajena a los extremos lingüísticos del vate peruano, tampoco oculta otras coincidencias de índole verbal y emocional, porque se sabe madura para sostener su propia voz y aprehender su propio tiempo.

«Es comprensible que el "Poetica" haya encontrado no sólo en la obra sino en la vida de Vallejo, más que una influencia literaria, un semejante. Sifontes muestra sin disimulo en dónde abreva su poesía para luego andar por sí misma»

A medida que los poemas se suceden, las conjuraciones van adquiriendo la impronta de una asunción metafísica del padecer. El poeta que habla en estos versos evoca su propio nacimiento como el primero de los muchos pesares por venir: "Mi primera fosa fue el ovario de mi madre" (p. 11), dice en "Golpazos de muerte", mientras que en "Abatimiento" confiesa que "Aunque en mis venas no circula sangre sino música / yo permanezco cabizbajo, habitado por demonios

y fantasmas" (p. 13). Presencias inquietantes que el poeta carga como un oscuro fardo y que amenazan con acallar su música: la poesía. Así, la vida sólo puede ser concebida como un "estado de emergencia" y el poeta como una dispersión de alteridades: "He aquí un ejército de Eduardos listos para la guerra. / Los soldados se esparcen, desaparecen, poco a poco, / y el conductor conjura, triste" (p. 21). Hasta la alegría, cuando se la siente cercana, asume la apariencia de la rabia: "No puedo ocultar la inmensa alegría que llevo por dentro. / Sin embargo, me encuentro sin conocimiento, escleroso, convulso / arrojando espuma por la boca / no epiléptico, sino borracho de espíritu" (p. 27). No hay espacio que no ocupe el desgarrado abandono ante lo inevitable: la final liberación —renacimiento— que concede la muerte. ¿Cabe la esperanza? Sólo la de quedar en el canto, aunque ensombrecido, que cifra el desfallecer. Ese destierro de sí y de la vida, a causa de los "fantasmas y demonios" que terminan conjurando en su contra: "Mi cuerpo salobre se está muriendo [...] / ya más nunca declamará sus ayes / ni cantará aquellas canciones tristes de mañanita / sólo tú, sombra mía, ocuparás mi lugar / y me vengarás de los enemigos" (p. 39).

En los últimos versos del libro no queda sino el cansancio —"Estoy harto de oír gritos fantasmales / de no creer en nada / de permanecer desterrado conjurado contra mí mismo" (p. 41)— y el fatal reconocimiento: "Así, insecto maligno, no me queda más nada: / me declaro vencido / lleno de remordimiento me cuento entre sus súbditos" (p. 29). El libro recrea un doloroso vencimiento, una renuncia existencial, pero en calidad de conjuro lírico, es decir, de fórmula rítmica que ingresa ya no sólo en la dimensión histórica personal del autor, sino en la historia universal del padecer humano, sin fecha de caducidad ni utopía que valga. En ese sentido, Eduardo Sifontes, en medio de la efervescencia guerrillera de sus días, supo salvar a su obra del efímero proselitismo, con la entereza que sólo da la conciencia moderna del oficio poético. ℘

Gustavo Pereira. "Rugido de bisagras". En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo 1965].

Eduardo Sifontes. *Las conjuraciones y otros poemas*. Caracas: Dirección de Cultura UCV, 1975.

DOSSIER POÉTICO

GUSTAVO PEREIRA
JOSÉ BARROETA
JESÚS ENRIQUE BARRIOS
EDUARDO LEZAMA
LUIS JOSÉ BONILLA
JOSÉ LIRA SOSA
LUIS LUKSIC
EDUARDO SIFONTES
RITA VALDIVIA

TRÓPICO UNO

En los poemas contenidos en esta selección la palabra se alza contra el silencio como un disparo, revelándose, delatándose. No se milita sin palabras, toda urgencia es un grito. Tampoco puede haber verdadera "poesía de combate" si la voz se hermana con el poder político establecido. Un poema no puede ser combativo si parte de las entrañas —y de los presupuestos— del poder: "Los poetas no convencen. Tampoco vencen. Su papel es otro, ajeno al poder: ser contraste", escribió Rafael Cadenas en *Anotaciones* (1983).

Así, la poesía de *Trópico Uno* sólo pudo haber sido escrita desde unas coordenadas, más que ajenas, francamente opuestas al poder del Estado, pero también al de la sociedad y, por supuesto, al de la literatura. Sin embargo, disiente del axioma cadeniano cuando se arriesga a lo panfletario, a la persuasión, al elogio de la contienda. De nuevo, transgresión y riesgo, últimas municiones de toda voz en desgarramiento.

Hemos intentado articular principalmente textos que daten de la época activa del grupo, puesto que es allí donde se evidencia la experiencia colectiva de lo poético, en un momento histórico que exigía abandonar la cómoda estrechez de lo individual para continuar al acecho de la quimérica utilidad de la poesía.

De nuevo proporcionamos las pistas y cotas bibliográficas necesarias para el lector interesado en algo más que lo disponible en librerías. No negaremos que este gesto también intenta refrescar la memoria de las editoriales venezolanas.

Atrapado irremediablemente

Agarrado a cuanto me ata al sonoro chasis de la tierra,
atrapado por aeromozas a más de 20 kilómetros de altura
cuando yo mismo me lancé, corrí aventuras y con las venas abiertas
me desgañité entero
en todo un costado de la vida.
Atrapado irremediablemente, pomposamente,
ni siquiera paracaídas tengo, está rota mi camisa.
Mi páncreas está más profundo que la última de mis ilusiones.
Yo bendije mi pequeño mundo de maravillas,
todos y cada uno de los soplidos que me empujaron hacia él,
las ciénagas donde zambullí agonías y mandíbulas.
Estoy perplejo como una i, estoy difunto y vivo.
Huelo a pólvora, estoy roto por dentro, y mi humilde traje
no me alcanza para envolver esta locura.

Los ímpetus que tuve
tanto los derroché que los perdí en el vacío.
Mis corbatas las di a los mendigos para que me pregonaran.
Estoy ciego de pánico, alto y estrellado,
y caigo, hecho un pequeño puño de polvo, sobre el cráneo lluvioso
y frío del primer muerto del mundo.

Gustavo Pereira
De *Preparativos de viaje*.
Barcelona: Ediciones Trópico Uno, 1964. pp. 35-36.

A explotarme íntegro

Asumo en este momento la responsabilidad de mi muerte
y a ustedes doy la de vivir que llevo
aferrada a mi garganta.

A ustedes arrojo mis pequeñas cartas, escritas con pocos de fiebre.

Mis nubes,
a ustedes doy la radiación de todas mis bombas de hidrógeno.

Pero mis heridas las reservo.

A ustedes reparto mis alegrías, tantas como moscas.
Les ruego bloquearlas con todo el peso de sus diafragmas.

Recuerden, yo salí a las calles no sólo a parecerme a ustedes.
También fui un poco de pared rota de edificio, de calle,
de hueco lleno de agua. Recuerden que estoy sobre la acera
haciendo señales desesperadas, y que cuando canto
salgo a explotarme íntegro en los oídos de quienes me escuchan.

Ordenen que vaya despacio,
y echen al correo mis pequeñas cartas, escritas con pocos de fiebre.

Les agradezco mucho cierren todas las esclusas,
cabeceen mientras sueñan, carbonicen
los ojos del cielo con el fuego de sus lados izquierdos,
y por último, se pongan como yo a repartirse, a entregarse al mundo,
a desaforarse con todo el motor del pecho en marcha!!

Gustavo Pereira
De *Preparativos de viaje*.
Barcelona: Ediciones Trópico Uno, 1964. pp. 45-46.

Ante el borde

He decidido salir del cuarto, descuartizarme y gritar
Como uno más, como un ciudadano honesto y patriota.
Sangrienta y rota tengo
                    la camisa sobre la que se arrojó un balazo
Otros han asombrado al mundo por su aspecto de ángeles
Yo por las tripas colgando de la garganta
Estoy acorralado en medio de miles de palabras inútiles
Estoy acorralado en medio de miles de rostros
        de generación en generación
                        en adioses inacabables
Estoy como un ciego ante el borde de un abismo cuya profundidad
no acierta a conocer con el golpecito de su bastón.

Gustavo Pereira
De *En plena estación*.
Caracas: Dirección de Cultura UCV, 1966. p. 41.

Rita Valdivia

Has debido quedarte en el aire.
A los veinte años tus formas eran las
del fin.
Nuestros calores
de poetas conocidos seis años atrás,
míseros y ebrios,
triunfantes sólo porque nos eras viva
no podían salvar.
Era,
tú lo sabes desde la tierra muerta,
la época del gran miedo
donde todo fue alcohol de infancia.
Y huimos sin saber de ti ni de nosotros,
asombrados,
sin melancolía porque queríamos algo de la vida.
Tú sabías entonces cómo se debía hacer,
reñías el entusiasmo de mi oficio inútil,
el fasto de los otros.
Las pobres ojeras de nuestra bohemia.
Tú sabías entonces cómo se debía hacer,
llorabas muy adentro de las rosas que Camilo
nos compraba en enero;
nos amabas demasiado vivos como para no haberte hallado
con la muerte.
Tú sí que estaba con los miserables, alpaca,
bebiendo agua de lluvia bajo cualquier monte
o en las ciudades, sentada, como solías para encantarnos,
arriba de todo lo que fuera basura.

José Barroeta
De *Arte de anochecer*.
Caracas: Monte Ávila Editores, 1975. pp. 93-94.

Testimonio III

Estoy al acecho de mí mismo. Incluso he sentido las miasmas de mi propia cocina. Hiervo en la época de las bestias. Yo sé que por dentro me poseen los vicios. No oculto mis trampas. No las desarmo. Tampoco me culpo de esta aventura falsa. El espejo acribilla mis tareas hereditarias y transpiro dosis de recatadas porquerías. No agradezco nada. Mis notas son dictados de un viejo perro en trance de muerte. Ya sé que lo único que salva mis vitalidades es mi forma de escupir. No escupiré más. En cambio estoy tramando subir hasta la cabeza del poste y hacer jirones la bandera. Y no me importa. Sé que hay tribunales. Nunca los he olido. Además todo huele a eso mismo. Odio la contaminación. Aquellos que esperen de mí algo, ya están equivocados. Me refocilaré en el pantano y como brindis amistoso quemaré los pájaros que aún conservo. Volveré a mí definitivamente. Si ustedes piensan que es mentira también tendrán que absolverme. Y eso les dolerá, porque yo nunca los perdonaré. Mi crimen es insaciable. Y si les digo esto, también puedo decirles lo otro, aún cuando lo ignore. Tendrán que aguantarse.

Quisiera acercarme un poco más. Odio esas puertas engoznadas de pecados y secretos. Lo mío es el aire libre. Los perros. El negocio de las lámparas. La cercanía de los horizontes. El palacio social en todo su esplendor. No le tengo miedo a las frases cursis ni a los automóviles lujosos. Y sé que las iglesias trabajan todos los días: espero el cansancio natural de su constancia. Y no me reiré, ni aplaudiré, ni lloraré. Escupiré con mi específica curiosidad. A cualquier hora comeré ostras. Engulliré mis propias sensaciones. Y cuando esté totalmente cargado de odio y asco universales, trataré de besar el primer niño que pase por mi lado. Y aguantaré la lluvia para organizar la exacta cosecha. Y seguiré descendiendo por mí mismo hasta el final de todo. Vendrán esos señores acomodados a pedir una audiencia y les diré: aquí no hay, pero no se vayan. Les enseñaré la galería de sus antepasados y la forma como fueron creados. Les hablaré de un dios cavernícola de otro dios huido y de un

último dios joven y alimenticio... Entonces (y con máxima precisión me tomaré unos vasos de agua) les hablaré en nombre de ellos hasta empozar en las comisuras de mis labios dos gotas de baba de sapo. Les croaré en pleno corazón. Y si me condenan, seguiré riendo y aplaudiendo mi condena y trataré en lo posible de no utilizarla.

Yo he castigado el vacío de mi jornada. He dilapidado mis temores entre ángulos vegetales y oscuros. He creído en los alfabetos carnívoros y en los panfletos volátiles. Y todo porque he sentido miedo... pero ese miedo es hereditario. Es de nuestra condición. Quebraré los espejos y seguiré en la travesía. Esconderé el sudor y el respeto. Y algún día, por allá en la alta madrugada, iré al asalto y me coronaré en plena oscuridad hasta mi primera caída. Nunca dejaré de estar sobre mi propio acecho. Pase lo que pase. Mis distracciones serán jugo de soledad, o simplemente soledad. Desde allí impartiré algunos consejos. Amansaré los ofidios y anastomosaré las plegarias del error. Y con mis pequeños estremecimientos haré un hueso.

Puerto La Cruz, 1964.

Jesús Enrique Barrios
En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo de 1965]. s. pp.
Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

Escape al fusilamiento

Estos estómagos suicidas
rumiando por la ciudad inhóspita
donde los fusilamientos son la afilada
sonrisa de la calle.

Testimoniamos nuestra presencia.
Saltamos. Jadeamos. Algo nos sigue.
Algo nos aplasta. Se levanta. Crece.
Es la presencia del poeta que rompe
los escaparates de las tiendas. Que grita.
Que hace tragar semen a las hembras,
y sus labios sangran sobre los senos de las novias.

La sed lo devora. El hambre.
Las alucinaciones.

Ya es la bestia oculta en la sangre
la que se debate con nosotros mismos.
Ya es la locura reclinada en los cuchillos.

Los niños se degüellan por las tardes
abriendo el vientre de los días;
las niñas ojerosas se masturban en las salas cinematográficas;
y los caballeros elegantes defecan sus puñales.

Ya las lágrimas.
Las sombras.
La ebriedad.

Las prostitutas agujerean sus cráneos
y se desplazan agónicas
hacia donde el mundo es un traje roto,
una barriga con gusanos,
una lengua purulenta.

Ya no son los automóviles;
el transeúnte saqueador de sueños;
o la joven que tiembla humedeciendo
sus muslos en placer;
los que entierran la noche...

Oh! locura.
Absurdo aliciente hundir la vida en inciensos.
Derramar el llanto sobre los ataúdes.
Trasnochar la tranquilidad de la muerte.

Tuve entre mis manos la rota nave de mis gritos.
La moneda azul de mis deseos.
Tuve lo soñado. Lo no soñado.
Lo negado pero arrebatado por mis fuerzas.
Tuve los destrozos con que quebré el sentimentalismo
engendro de mi adolescencia;
sin embargo, sigo siendo el sentimental de siempre.
Tuve todo sin tener nada.

Soy caminante en los oscuros designios de mis huesos.
Una gota de sangre sobre los cadáveres
anquilosados en los night clubs...

—Amigos,
¿les he hablado alguna vez de la risa;
de esa niña que camina falsamente
por los labios;
la petrificada en los alienados;
la que hace orinar a los sensatos?

Cada quien tiene una sonrisa para un día o una hora determinada.
Una sonrisa para los domingos.
Para saludar al ministro. Al amigo.
Al amigo que no es amigo. Una sonrisa para los funerales
o para mirar
mirar y rezarles a las frías estatuas de las iglesias.

—Amigos,
puedo decirles que mi risa es la risa que desdeñaron los occisos;
la risa fugada o existente en los osarios.

Eduardo Lezama

En *Bajo la refriega*.
Barcelona: Ediciones Círculo Ariosto, 1964. pp. 23-25.

Aliciente 1

Hemos sido víctima del desaliento. Los perros han desdeñado
sus instintos,
y se han lanzado al incendio de las metrópolis.
La fuerza deambula bajo esta costra que es nuestro siglo,
mas nosotros hemos liquidado
bajo este predominio, nuestra razón, la conciencia
innata.

Añoramos de vez en cuando la inmovilidad de la protohistoria,
o el paso hacia una civilización futura. Los vencedores se han
declarado vencidos, los vencidos vencedores.

Hemos malgastado el tiempo en las audiencias. Las acusaciones
se hacen cada día mayores.
Los disfraces, sin necesidad de falsas orientaciones, se han levantado...

Luis José Bonilla
De *Cráneo fosilizado*.
Barcelona: Ediciones Ariosto, 1965. pp. 37-38.

Y ante esa prescripción
Y ante ese juego de dados echados en la mesa
te criticarán con júbilo
Y te hincharás como un sapo cuando te
halles en el palco mayor Oyendo el
ruido aquejoso de los tambores

Y no habrá sensibilidad en la multitud
que no te aplauda, que no vitoree que no levante
su pancarta su consigna su inicial correspondiente
Toda palmada al final dará apertura
al vocerío

Y luego a tu última palabra al último pensamiento
dado estruendosamente a la tribuna
atado a los pañuelos
como gorriones como golondrinos Y cuando hayas
dado medio vuelta como magnificencia a tu poderío
declamatorio te apuñalarán
Todo eso lo sabes y lo sabrás tanto como yo lo sé
Así andarás revoloteando con tu consciencia Libremente
denunciando de antemano el estallido
del que no quedará a salvo ninguna población
ningún territorio
ningún edificio
ningún tugurio
ningún hueco para escondite mundano

Los verdugos
los no verdugos
los cómplices
los no cómplices comprenderán la magnitud
de tu inventiva de tus apotegmas
las exhortaciones de tu lenguaje.

Luis José Bonilla
De *Libro de lamentaciones.*
Cumaná: Editorial Universitaria de Oriente, 1967. pp. 45-46.

Lucha

Evoco en el ojo del pájaro
esta lucha tenaz.
Evoco en medio del incendio. La mitad color rojo
y la otra mitad color rojo
la ceniza nostálgica del cuervo.
Pulso el ánimo excavado del combatiente,
sus llamaradas umbilicales, retorcidas;
las llamaradas de su oscura miseria.
¿Dónde está el ojo del pájaro,
la ceniza nostálgica?
Lucha tenaz
dibuja en la frente insomne del adversario
el estigma de la derrota
dibuja en la frente insomne del adversario
el estigma
toma mis bíceps cruentos e incruentos
tómalos en el flujo
tómalos en el reflujo sanguíneo
y haz de ellos un desatino irreparable
toma mi lengua de ciudadano y de padre de familia
y haz de ella una labor provechosa y fecunda
toma esta tierra en su muda rigidez de tierra,
engañadora en su mudez, asfixiándose en su fatiga
atrincherada en sus febriles combustiones
toma esta tierra
y haz de ella una patria libre
sin afrenta y sin confusión
y sin oprobio
toma mi voz conturbada
y haz de ella la voz de un hombre libre
lucha tenaz
entonces no tendré mis raíces petrificadas
en el hastío
sino la exaltación de mi alegría metálica.

José Lira Sosa

De *Por mi cuenta y riesgo*. s. d. [Porlamar: Tipografía Avance, 1967]. pp. 14-15.
También, con errores, en *Alrededor de la fogata*.
Caracas: El Perro y la Rana, 2006. pp. 67-68.

Legítimo

Este ejército hambriento, deslumbrado, vulnerable;
constreñido en sus montañas olorosas a estiércol,
instalado, sin maravillas, en la hendidura de un riachuelo
repulsivo y escurridizo;
este ejército cansado, saturado de animales, de árboles vivos
de ramas secas, de raíces muertas;
resbaladizo, sin remordimientos lacerantes;
todo luz y todo sombra este ejército,
personificando sus debilidades circulares en la región umbilical,
en el aparato digestivo;
identificado plenamente en los espasmos abortivos del adversario;
aferrado a la oscuridad, ramificado en las vísceras de la ciudad,
serpenteando entre la muchedumbre,
este ejército de inquietudes fosfóricas,
áspero, curtido, elástico;
legítimo en el asalto,
contenido día y noche,
amenaza a este país vicioso, pero, realmente vicioso
en sus cinco sentidos corrompidos y traidores;
perfectamente indestructible,
amenaza con muros y a través de muros
amenaza el poderío del enemigo montado como diente postizo;
este ejército, espléndido en su pequeñez,
eficaz en el repliegue,
deslumbrante bajo el follaje nostálgico
señala un círculo de fuego,
un sumidero para sus cloacas explosivas,
una corona de espinas para los árboles bombardeados,
una llamarada
y luego el incendio definitivo.

José Lira Sosa

De *Por mi cuenta y riesgo*. s. d. [Porlamar: Tipografía Avance, 1967]. pp. 16-17.
También, con errores, en *Alrededor de la fogata*.
Caracas: El Perro y la Rana, 2006. pp. 83-84.

Yo puedo soñar maniáticamente, convencerme de algo, disentir de todos los principios establecidos, renegar (de manera intransigente) contra la mediocridad que me circunda. Puedo esperar que otros combatan por mi propia comodidad. Puedo, simplemente recorrer las Avenidas, pasearme solo por las calles como un fantasma, dedicarme a la natación o emborracharme frenéticamente sin que ello constituya una razón estratégica valedera.

Yo puedo soñar, amar; puedo amar nuevamente. Reincidir en el amor y esto no hará desaparecer la imagen terca del muchacho que apunta con el fusil pegado a la cara mugrienta y sudorosa. Esta visión simple me obliga a revisar mis actos cotidianos, a estos pequeños gestos, sin ninguna trascendencia, que presuntuosamente llamo mi vida. Estos malditos hábitos que me encadenan, me convierten en un producto en serie: estos reflejos condicionados por una sociedad que he decretado mala no pueden diferir tampoco la imagen del muchacho y del fusil que amedrenta mis pesadillas.

Yo puedo soñar maniáticamente, es cierto. Y nadie puede inhabilitarme para ello. Siempre tengo a mano una razón convincente.

Yo no me considero una víctima irreparable, sin embargo comprendo que a mi alrededor se está jugando algo que me atañe demasiado.

Eso me impide mantenerme al margen. Me señala.

Pero que la llama se levante en mi propia raíz
que sea llama real
llama de pólvora rebelde
de plomo derretido
en las manos y en las uñas de otros.

Que por el fusil apunta un ojo distinto a mi ojo, astigmático, cierto! pero ojo capaz de precisar la mira. Que mi cara afeitada casi diariamente, lavada, refrescada con diversas porquerías comerciales la sienta más inmunda que el rostro que pienso mugriento y sudoroso.

Es algo que no puede sacudirse. No me permite reconciliarme conmigo mismo. Y eso me hace sentir forastero, desapropiado.

Está claro que uno sueña. Y que uno tiene derecho a soñar. Y que los sueños a veces nos transforman en héroes. Además somos animales razonables. Quizá si no estuviera al lado de una mujer tan hermosa, si no estuviera enamorado de Ella. Mentira! Bueno también están los hijos. Mentira! Mentira! Miedo. Eso es todo.

Yo puedo soñar maniáticamente. Mejor dicho tengo veinte años que no hago otra cosa. Ello nunca me produjo un centavo de ganancia. Tampoco perdí nada. Soñaba simplemente. Cuando me cansaba de soñar, bebía. El otro día en medio de una hermosa borrachera alguien me confió que había visto cómo asesinaban a un estudiante, amigo nuestro. Desde entonces la cerveza se ha ido poniendo cada vez más amarga. Supongo que debe tratarse de un cambio en el procedimiento de elaboración. O ha sido alterada la proporción de los ingredientes. Cuestión de economía, seguramente. Lo cierto es que la bebida me hacía más y más daño. También puede tratarse de rutinarias dificultades hepáticas. Eso suele ocurrir.

Y la imagen del fusil.

Y el rostro del muchacho que uno conoce porque ha aparecido tantas veces a la mitad de un sueño.

Y el párpado abierto a la mira.

Y el otro párpado cerrado en el ojo.

Y cuando se ama intensamente.

Y cuando se sueña.

Y cuando hay miedo.

Yo puedo soñar maniáticamente. Pero, no puedo esperar que siempre otros combatan por mí. Algún día tengo que hacerlo, directamente… por mi cuenta y riesgo.

José Lira Sosa

De *Por mi cuenta y riesgo*. s. d. [Porlamar: Tipografía Avance, 1967]. pp. 19-22.
También, con errores, en *Alrededor de la fogata*.
Caracas: El Perro y la Rana, 2006. pp. 70-72.

Hombre corriente

Ya tengo la piel curtida e insensibilizada para que me queméis con cigarrillos encendidos, con cuchillos de ácido.

Aunque quiera barajar los golpes diciendo palabras convincentes o diminutas groserías,

buscaréis el lado más sensible y más adolorido para herirme.

Quizás grite y sea exagerado,

caminando como Chaplin a topatolendras.

Me dirán que no tengo sustancia cerebral, que en las venas me circula un agua que no sabe copiar las flores de lechuga que nacen en vuestras hermosas cabezas de gaviota.

Saben todos que duermo en el suelo y me revuelco entre zancudos,

me patean y me pisan los automóviles y las chancletas del día.

¡Qué horrible vitalidad!, ¡qué resistencia a la muerte o al suicidio!

Hablan contra las torturas, firman documentos donde lo humano sale de las huellas digitales de las moscas,

pero a mí me aplican la sal hirviendo sobre las heridas hirviendo,

Exigen que no me defienda, que me calle,

y si digo algo se hacen los puros,

los inofensivos con labios de rosa.

Pero ¿qué se han creído?

No suponen que puedo contar lo que hacen conmigo.

Mi voz atraviesa los bosques corno gritos donde pausadamente y sin delirio muestro las incurables heridas. Soy el orador de las calamidades y no me podréis enterrar, aún debajo de la tierra

mi palabra dibujará vuestros perfiles.

Ayer regalé el color a las praderas, repartí los más elegantes trajes a las más elegantes mujeres, les saqué los cuernos a los cornudos y los hice amar con las más bellas doncellas.

Y si afirmáis que es obligatorio el suicidio, sabed asesinos con máscaras que a mí nadie me mata, por lo menos fácilmente.

Se me cierran las heridas aún antes

de que me deis las puñaladas

y mi cuerpo está hecho a prueba de balas, blindado con una muralla de amor.

Por cada mujer que me traiciona

hay dos mil que me adoran y veinte mil me proclaman el dulce y entrañable y me curan las heridas y me besan las antiguas llagas y me acarician la barba, me enredan sus piernas, me frotan el sexo, me besan en la boca y detrás de las orejas, cada golpe que a traición me dais me lo pagan con cariño, en dulzura, en ternura.

¿Qué sería de vosotros si ellas viesen cómo y en qué forma, en qué lugar secreto, agazapadamente me estáis torturando, mientras académicos de papel y harina con caras de piedra y yeso miden mis faltas con medida exagerada?

Además olvidáis que yo mismo no soy un indefenso. Nadie conoce suficientemente mi violenta energía, mi capacidad de crítica es terrible y si me castigáis y torturáis es por miedo a que deje ver la crueldad que con la gente empleáis

y sin embargo yo mismo

defiendo el derecho que tenéis sin saberlo a ser hombres,

a tener tristeza y una opaca aldea esmerilada de soledad.

Yo anduve por los arrabales de la vida y hablé con la prostituida esperanza, la prostituida dicha, saludé sus falsas mentiras, hablé con la fraternidad prostituida y las envicié a todas en sus vicios oscuros,

a la dicha la enseñé a ser dichosa, a la esperanza la llené de mejores esperanzas, a la fraternidad la eduqué para que sintiese la verdadera fraternidad sin traje para el desprecio o la muerte.

Por eso podéis pegar por todos los flancos, golpear en todos los costados.

¡Nada ni nadie acallará la luna de mi deseo y el amor repartido inviolable en las violaciones, sin ofensa en las ofensas, me salvará por encima de las noches tortuosas de los celos y las traiciones!

Si me odias tú o ella o aquella, me aman en cambio diez mil colegialas, veinte universitarias, doce campesinas, una pequeña burguesa, una fea, veinte mil hermosas y qué, qué me importa tu pobre amor de traicionera.

Yo les digo a los que se niegan a tocar el violín, o la guitarra o el piano, el arpa o el acordeón

que yo soy ventrílocuo

y todos esos instrumentos y otros miles los tengo circulando en la sangre,

alojados como virtuosos en los riñones,

soy una orquesta que camina, un pueblo que habla hasta por los codos,

¿qué golpe podrá, pues, dolerme

teniendo tanta música adentro?

Tú no me golpeas a mí, golpeas a Pedro, a Francisco, a Félix, a Mario, a Jacobo, a Manuel, a Carlos, a Luis, a los instrumentos, a la mesa que habla, a la silla que canta, a la casa que como loca se enamoró de la casa de enfrente,

golpeas a las bielas, las correas del desamparo, los zamuros, golpeas a los animales antediluvianos, al río sin peces, a la lluvia sin agua, al huracán sin viento.

Nunca, nunca lograrás que me mate o me suicide. El eco de mi nombre te dirá lo que eres: un asesino que se esconde detrás del látigo para azotar, que se esconde detrás de las ametralladoras para matar.

Yo no moriré nunca, como un caballo vibrando de aluminio y abejas blancas correrá mi poesía en las olas de la embestida.

Yo, para que sepan, estudio en la Universidad de tus zarpazos, estudio el tratado sistemático de las negativas, aprendo el grado de veneno con que me envenenas,

pero más que de ustedes aprendo de las mujeres que por decenas de miles me aman, de los hombres que compran los papeles rotos donde la humillación escribió mi nombre,

aprendo además de mí mismo, que me pongo una mano en el corazón y sé oír las leyendas de tabaco, humo y diamantes que copian los ojos de las gentes que nunca conoceré,

y me amarán sin saber de dónde he venido ni qué color tienen mi sombra y los ojos con que, despierto, sueño por fuer a de la noche y el mar.

Luis Luksic

En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo de 1965]. s. pp.

Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

Poema de la extremaunción

Punto de fiesta que cae como galaxias
o como millones de estrellas condenadas a Zosma
y entonces se ríe y se llora
y se domina un poco el frío y le cantan a uno
como a un niño
y a veces desaparece el dolor.

Y tus señales de bestias que caen derrumbadas,
inservibles como una madrugada en el Japón,
y entonces beso tu tierra firme y un tiempo heroico
que se esponja y que se frota
y caigo y huyo de los vientos del sur y la miasma
de tu carne florece como punto caído del cielo,
camarada mía,
inexistente, compacta...

Eduardo Sifontes
En el cuarto número de *Trópico Uno* [noviembre de 1965]. p. 13.

Astral

Tú, la vestida con ámbar
dispuesta a llegar a Marte sin anemia
y con la risa pegada a la boca.

Tú, amor mío, la dispuesta a poblar el espacio.
Tú, la pirata astral. La gimnasia de géminis
bebiendo flores.
Tú, el glúteo. El gnomo. El junio. El saturno.
El leo. La venus. El abril o mayo
besando los ciruelos y la gordura de las galaxias.

Tú, lo sediento. Lo hidrópico. Lo insaciable.
Lo tuyo astral donde los héroes héticos
roncan sacramentos.

Eduardo Sifontes
En el cuarto número de *Trópico Uno* [noviembre de 1965]. p. 14.
Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

Demostración de solicitud

A veces suelo desaparecer por breves momentos.
Viajo a una zona fantasma con una porcelana puesta sobre
mi cabeza
pero el implacable deseo de volver a mi puesto de combate
me abruma y regreso sometido por
mi propia domesticidad, presa de terror.
Entonces mis torturadores me aclaman, gritan de júbilo por
mi regreso crepuscular
y galopo soliloqueando en dirección al sol
como demostración de solicitud.

Eduardo Sifontes
De *Las conjuraciones y otros poemas*.
Caracas: Dirección de Cultura UCV, 1975. p. 35.

En posición premeditada

Camarada mía, sumisa, levántate y oye
la más dulce música que mea un cadáver que camina.

Levántate
que vengo a adornar tus entrañas con las más hermosas flores
brotadas de mis poros,
con la más grande ternura que me sale de los huesos
para enmudecerte mejor.
Levántate y óyeme
que canto mi fiebre desde tu plexo con los ojos cerrados
muy bajito
muy bajito
un cro-cro de los sapos, mi cuadro sinóptico
mis sueños póstumos,
mis cuestiones de principios ocultos en un lado del cerebro.

Levántate y óyeme, en trance de muerte
ebrio, condenado, con el cuerpo malo
y aullando
y cantando
en posición premeditada, los gemidos bestiales de mis pulmones.

Eduardo Sifontes
De *Las conjuraciones y otros poemas*.
Caracas: Dirección de Cultura UCV, 1975. p. 17.

Aullido poema octogonal

En el graznido de mi noche
más largo que un pensamiento apelmazado
por la atmósfera;
los deseos se cuajan como alimento vital
violados por el aire.
Yo subía por las gradas desgastadas del tiempo;
cada paso removía la huella de mis ancestros,
y su aullido rompía el silencio octogonal.

Buscaba inspirarme en tu risa;
pero tu risa flotaba estática en el vacío,
tratando de llamar la atención
de los harapientos personajes
que desfilaban por filas verticales.

La mezcla de vida y hastío
se escapa por las mucosas
negando los caminos,
las manos diligentes,
los ojos purulentos de sabiduría,
los instintos metidos en cascarones.

Sobre la noche, sobre la risa vacía,
sobre mi sombra engrandecida por la fiebre,
se mezcla la lluvia de indiferencia
fosilizando ideas premáticas.

Rita Valdivia
En *Bajo la refriega.*
Barcelona: Ediciones Círculo Ariosto, 1964. p. 19.

Cuestión de lógica

Vivo en una casa herida, por eso, amigo, quería preguntarte si las filas de casas y los apartamentos tienen un agujero triste en su piso de mármol, en sus paredes o en los cuatro ángulos que hacen la casa.

No, no te voy a decir que soy la muchachita inocente que se pasea sin decoro (quiero decir, con la parte inferior del cuerpo al aire) por las calles de una ciudad, ni que la casa en que vivo tiene una ventana por cada punto cardinal, ni que me arden las manos porque anoche en un descuido me picaron las estrellas de gamma.

Tampoco voy a decirte que te comprendo, ni quiero que me comprendas. Sé que no te importan mis complejos amontonados durante x años, esto lo deduzco porque a mí me sucede tal con los tuyos. Claro que no desquito la posibilidad de que nos importe demasiado y nos llamemos humanos por puro gusto de clasificarnos. Bueno, no tan por puro gusto, sino porque comemos, o, mejor dicho, necesitamos comer 3 veces al día y dormir 8 horas… sin lo cual tú y yo seríamos sencillamente catafalcos de corales.

No, no vivo en una casa que tiene puntos cardinales por ventanas. Vivo en la cuadratura de un círculo mordida por los terremotos que aquí abundan. Sabes, voy a comunicarte un secreto, aunque no te importe: bajo la sombra que me cobija (es decir, el omoplato de un elefante) florecen los dedos y el ansia por echar humo y madurar más que la levadura fermentada. El firmamento acapara todas las axilas, entre ellas la tuya y la mía (ves que no somos tan distintos), por eso sientes cansancio al despertar de un sueño reparador o laxado e inconforme después de amar. No, amigo, pueden no importarme tus callos

o a ti la debilidad de mis uñas, pero vivimos en una ciudad que se barre todas las noches y durante el día se ensucia, es lógico, tampoco en nuestra ciudad (conste que no sabemos si tenemos dios) existe la envidia sino en las películas. Lo que existe es necesario entre esto —tú aburrido de escucharme y yo aburrida de buscar temas—. Dime si no hubieran malhechores —santos, como los llamo yo—, sucedería que no hubiera necesidad de cárceles, al no existir cárceles estarían de más los carceleros y al faltar carceleros se rompería irremediablemente nuestra sociedad que tiene siglos edificándose.

Entonces tú y yo, además mi casa y su arquitectura, de la cual me he olvidado y —por cuestión de infalible lógica— esto que digo: "no estamos de más".

Rita Valdivia

En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo de 1965]. s. pp.

Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

Para Eduardo

I .

Se le cayeron los hombros. Con esto comenzó su desmoronamiento, sucedido después de los nuestros. Él dejó lo prometido aunque no pudo encaminarlo. Se nos autorizó teledirigirlo desde nuestras ruinas, empezamos a recolectar el olor de huellas humanas para que pudiera pasar desapercibido. Al lanzarlo, sus reacciones fueron las de un extraviado, pero nosotras ya nada podíamos hacer.

Empezó a caminar. Era magnífica su estela que evocaba la posesión de los pulpos marinos, pero lo confundía el jadeo de los perros y el de las mujeres prontas a parir. Lo hacían nulo los ruidos; los tonos de las voces embarraron su estela. Su mirada empezó a captar gestos dementes, y nos gritó, diciendo que la guía que le habíamos dado para que señalara un camino fresco estaba basada sólo en mentiras. Dijo que ellos se escupen en los ojos, que meten sus testículos en las bocas de sus madres, que se persiguen y no hay un rostro sin cicatriz o lepra.

Eso gritó él, haciendo estremecer nuestros vientres y nada pudimos hacer para impedir su autodestrucción.

En las noches corría desesperado buscando a los suicidas, y al encontrarlos metía su cabeza en las cajas toráxicas. El olor de las huellas se posesionó de su noble naturaleza en abandono, y el distinguirlo era difícil hasta para nosotras.

Sus ojos se volvieron rojos.

II.

¿Qué?, te preguntaste, pero ya eras hijo de familia. Gritaste y el aire de todos los días ya estaba dirigiendo tus pulmones. Sin embargo reflexionaste, hiciste conciencia de esto. Voy a realizarme por los demás, voy a calmar el ardor de estos pequeños asesinos de pájaros, voy a construir un motor para hacer sonreír corazones y llenar barrigas —pensaste y pensaste— voy a bajar a Dios de Penhause, voy a chicotearlo por beberse la leche de las recién paridas. Planeaste todo esto, pese a que Dios explotaba en ese momento una bomba que tiene la facultad de desmenuzar lo racional.

Verificaste el alcance de tus nervios, de tu carne, la agudeza de tus ojos, la resistencia de tu estómago. Mañana.

Tu arma, tú mismo, tu camisa, tu pantalón, tus cinco dedos parecidos a los de un pintor. Todo estaba en orden. Te despediste del olor de lo pasado. Soy un pájaro, pensaste, soy, mañana buscaré mi material en la matriz del mar, la combinaré con el huano de serpientes multicolores. Embalsamaré pieles, invertiré la expresión corriente de los terrícolas y la angustia del café.

Al día siguiente amaneciste muerto. Cadáver.

En las tierras tropicales son frecuentes los decesos repentinos.

Amén.

Leipzig, mayo de 1967.

Rita Valdivia

En el folleto *Trópico Tres* [segunda época de *Trópico Uno*], 1969. s. pp.

Defensa a la calle

Se han desparramado las luciérnagas
sobre el rostro anémico del río.
Las algas que se arrastran son faldas
de prostitutas amantes de peces
y raíces.

Cierro la mano,
contengo una risa azul enredada en historias
de plazas, de cines, de noches calurosas
asfixiadas por la soledad del eco.

Entre mis dedos se mezclan los niños
mostrando su desnudez al sol.
Se escabullen por la línea de la vida;
los triángulos.
Los puntos abren sus labios
para contar trozos arrugados de recuerdo;
y la lluvia, el granizo, los tapa de una bofetada.

De mis manos escapa sangre.
Sangre humanitaria. Sangre avergonzada.
Savia vegetal y balbuceos de hambre y hastío.
Pasa un hombre de frente arrugada
con el aliento fétido como sus ojos.
lo aprieto hasta sentir que su hambre
hinca los dientes en mi carne
y lo veo transportarse por los ferrocarriles
de mi sangre... lo veo; mi sangre se agita
y trata de escupir esa sobra ajena;
pero yo no lo detengo y le grito,
entra más al fondo, más... más.

Me he cansado de retener otros mundos
en mi puño.
Lo abro de golpe.
El viento estremece y los niños
y la sangre y la savia,
se embadurnan en el cieno;
en la tierra se mezclan con los excrementos
del tiempo,
con los escupitajos del dios yanky,
del dios europeo.

Las plantas de mis pies arden.
Siento el paso de un tropel de formas
que van abriendo las puertas de mis entrañas,
de mis nervios, de mi alma...
Corren y vuelven a guarecerse en mis manos,
como poros, como piel, como sangre...
Cierro los ojos... no los detengo.
¡Cierro los ojos!
A mi rededor se mezclen los gritos del río
con las garras del cielo que finge dormir.

Rita Valdivia
En *Bajo la refriega.*
Barcelona: Ediciones Círculo Ariosto, 1964. pp. 13-14.

Conclusiones

He medido nuestro mundo con el de los virus.

Conclusiones sarnosas, casi egoístas. Ellos no necesitan la ceremonia del matrimonio para cohabitar, ni necesitan ir a la cárcel por haberse comido a sus descendientes. Tampoco lloran al chocarse con el monstruo oscuro, imponente, que les obligue a suplicar y cavar la tierra buscando fe.

Busqué entonces medirme con lo infinito. Yo ante una noche cualquiera, queriendo atravesar la estratósfera para mirar algo de aquello raro y misterioso, grité, blasfemando pero sólo logré el insulto de mis congéneres y la más seca impasibilidad de lo no visto.

Entonces pretendí dormir, para ver si mi esencia tenía libre acceso a otro sistema solar. Inútil, mi sueño paseaba por los mismos pozos cotidianos sin dejar de jugar con el maldito ácido sulfúrico, mintiendo, riendo, con la careta de carne. El lago de convencionalismos, la falsa guitarra, la que tratan de comprarme para inventar contracciones. Estaba presente.

Pretendí no mirar a los astros, hacerme lógica y vivir mascando silogismos;

Persigue y vive lo que se recuerda

Recuerdo muchos muertos

Viven los muertos.

Otra conclusión de paloma que acaba de expirar, su voz casi me extorsiona para invocar a un dios y busco loca entre la pleura de mis pulmones, en el ventrículo izquierdo, una respuesta fisiológica.

Nada. Es mejor esperar con las manos abiertas la respuesta del sol.

Rita Valdivia

En el tercer número de *Trópico Uno* [febrero-marzo de 1965]. s. pp.
Hemeroteca Nacional de Venezuela. Cota: TRO V861.005

Diego Sequera

Los *Poemas irresponsables* fueron escritos entre 2001 y 2005, así que el autor hoy se confiesa lejos de ellos. Dejar esta afirmación a secas, sin contextualizarla, se reduce al carácter moderno y tradicional —e incluso manido— de la poesía: esa agilidad del poeta para desdecirse. Mas sería injusto con la apuesta de Sequera y con eso que la sostiene.

Decir que los *Poemas irresponsables* no han visto la luz sería mentir: una buena parte de ellos han sido leídos —y con gran recepción— en lo que el poeta decide llamar "la Caracas profunda" y espectadores abandonados por los espejismos de las políticas culturales le han prodigado gran aceptación. Ese acierto, que se anuda a la idea de un compromiso que deviene expresión, ha provisto a su poemario de dos maneras de leudar: la primera, madurar estéticamente sin caer en la fácil tentación de la edición expedita que ayuda a engordar las cifras de producción; la segunda, minarse del ruido callejero que los recorre proteicamente hasta disolver la idea de la tradición individual para convertirla en un ritmo, una percusión.

Atentos con cuál idea de tradición evocan acá. Las lecturas de Amiri Baraka, E.E. Cummings y Kenneth Rexroth que la contagian no eluden al T. S. Eliot que afirma que, después de los veinticinco años de edad, quienes escriben poesía deben tener conciencia histórica y de tradición: "el muy señorote no permite que la honestidad de vivir en plena lucha de clases donde la injusticia por más que sea sigue vigente, allá en su tiempo y acá en el nuestro, pueda omitir que eso también debería tener la poesía mucho antes de los veinticinco".

T. W. Adorno afirma que la historia no consigue ser representada por el arte, pero no debido a alguna falta de talento, sino al hecho real de que ese talento decaiga "ante la indisolubilidad de los problemas más acuciantes del literato". Sequera, por lo visto, ha apostado por permitirse algunas disolvencias vitales.

Cada texto de Diego Sequera pelea, pero no contra sombras. Da en el rostro de eso que apunta y hace sangrar porque sangra. Para lograrlo no le preguntarán la edad, sino la voluntad de espetar, viendo el retrovisor, "Eliot: vete a la mierda".

Poemas irresponsables

Connivencia

A esta hora en que la tarde tiene la decencia de no sólo ser azul,
cualquier asomo de color que quiebre la rutina de la luz es algo
—aunque nada se recupere— se redima por sus propios medios.
Este combate entre el tungsteno y las horas
Químico ardiendo robando los amarillos por anaranjados
Haciendo escapar las ondas del calor restante
a los pliegues del Ávila que las trastoca en nada sino el sereno

tal vez buena hora para empezar a pensar.
Pensar con todo lo peyorativo del acto
Reflexionando sobre la dignidad
en perenne estado de maculatura, como si
ser dependiese de ello   mástil magullado
una parábola golondrina que dibuja la trastienda de los ojos

(A esta hora en que caminas
Con el cuarto lleno de gente
Con la pensión interna abarrotada
de agua
pelando las paredes,
deslave interno y todo bajamares)

habrásele ocurrido brillante idea a la vida
—puta cada vez más escamada en su propio fósil—
Regresando de ella misma devorándose su extremo
y procurando botar lo que queda en las mangas
del reciente viaje.

(la presunción del recorrido
La jactancia del regreso a ensangrentar el parqué
La ampulosa idea del autoestima combatiente
Ergo garante derrotero siamesas hermanadas
como cápsula
Celebrar a todo gañote el culo de la Marsellesa
Libre de toda atadura libre librecito así
Pa deambular como triunfante
Vencedor benemérito notable victimario redentor
Profeta talibán al estilo patológico y en elegante
pero perenne agonía etc.
profeta a la vuelta de traspasar de forma honrada
la estela de la Malinche o su perfume
transmutada heroicamente en Pocahontas la de Disney)

y todo esto, a mucha honra,
políticamente correcto el proceder
la cuenta del padre licenciado laborioso
su vencido.

Siendo voluntariamente
Testigo principal —su eterno fracaso—
dejarse robar por la más cercana (Moctezuma ejecutivo)
advirtiendo claramente la perpetuación de su éxito

he ahí el devenir de su fábrica de uniformes militares.

A Henri Michaux

Yantra, mandala
Farsa y comino cercanos gracias a los accidentes, siempre encima
O persiguiendo, furtivo, en el gaznate de un tucán que se justifica
Con latas de diablito.

Pero sigue siendo igual cuando el cerro baila strauss, Gasparyan, strauss nuevamente sin ruedas
Bailando, estorbo klezmer   paraíso vertical
O a través de Paramacay bailando como chamán sin pena en la penca del barranco y contradicción

Porque se puede ser partidista con arroz con coco en pretiles fotográficos que escapan a las lenguas de los choferes que al revés y de guerra y los clasificados se inscriben continuos y trepidantes en las engrosantes filas de adamastor levantando piedras y paseando rocas en Lisboa y don Oliveira, con san Sebastián sin flechas y suelto en saltos que yo formo

Tohil y lagarto de cerámica y terracota cansada   porque se saben dos para vos
Sin pausa pila   hollín de parque con humo de pastilla cansona pistola y clavecín bailador de la cordillera fronteriza de los harpas acabados en paseo y agua de pasillo perro e' playa

Porque se lucen firmando gamuza en pequeños espacios no destinados a lo que se debe
Ni a lo debido

Porque en la guajira sueñan con petates y ojos bizco de baco   vaca
Sancho Machojón y flores que se dan en cuclillas en las noches

Porque sincero tropicalia pelirroja y referencia
Reverencia reticencia y terraza
Tereseo arregla la guitarra estafada mientras las mejillas de nadie
Aman la vista inmediata y espontánea de bush
Sodomizado, nunca anestesiado, kerosen y farfulla
Demolido en sus principios

Sus hijas comprando toda la caña obligadas
Hasta que sea cirrosis quien visite a las identidades de tus días

Porque bush merece ser golpeado con tuzas, mezquitas, cocos con petróleo
Bolsillos y sueños
Porque me llevo mi parte cuando los brazos del pestillo se cruzan adoloridos por la humedad circunstancial, de ceremonia,
Crevel y nostalgia

Histérico debería estar bush por el dolor de las lagrimas secas de estar violado por una bandada de zamuros bailarines eremitas del día y de los escondites contratados para silenciar las lenguas del inconsciente colectivo que tanto perturba
Porque muera por cosas parecidas
Favelas de violadores políticos que quebrantan con antenas y pupitres
A diputados y fundaciones de origen intermedio en nuestro derecho telúrico
(disculpen lo político)

porque bush merece ser herido por cítaras y baha' li que hiera sus nucas y nalgas con doctrinas
de persona y persona

porque bush merece ser contratado de capataz en los sembradíos de bigott
escarbando con las orejas tabaco pan y cónsul
pa que el lechón que siempre sonríe con manzanas y mermelada de alcaparra

ridículo

es pensar que se logra ver a bush crucificado en una fragata hondureña
con destino a los aposentos y descendientes de Lempira y Xibalbá
de traqueteando papel y baraja acompañado de coros y cornetas de heladero
porque barra arrabal milonga atabal ruibal en el panal
porque tadao ando gerundio ando glisando de nuevo cagando inmolando llorando
interrumpiendo

Como si la puerta abandonada se cerrase, sale el estado de las cosas solo; por sí mismo descrito a través de la salida. Dos vistas oblicuas no coinciden en el trayecto. La derivación concluye empujando los agentes que enturbian su propio deseo común; unificar lo sido en un nuevo traspaso. En todos los objetos se encuentra la esencia del escape. De la repulsión de sus polos en suspenso, afortunadamente. Gracias a la tensión impuesta se soporta. Pero otra tensión que invade surgida de periferias entorpece la resistencia original de las cosas. Sale la idea toda fraguada en incautas esferas de lo mismo multiplicadas. Todo azor brota irradiando la mesura del momento a buscar. A no llegarlo. Oh lumbrera toda calzándose en vidrio roto. Así la impaciencia no es más que lo fecundo sobrante. Todo sale por la misma puerta coincidente. La medida delata su error a no calcular de veras lo que dicen las palabras anteriores. Desconfíe. Salen las alas de las cosas dejándolas caer como nido inicial. Inerte, coercitivo. No se soporta mucho por mucho tanto. Tanto más, tanto peor. Mientras se siga ahorrando viento en bolsillo sin hueco, no hay duda que aguanta. El cielo es oblicuo según expectativas. Para mí es mero rayado. Qué maravillosa tarde se hacía disuelta en el contraste entre un espacio divido entre piel y pared. Cada cual regida por su propia constelación, según el temperamento. Aquel instante en que las cosas toman transparencia una vez que se define el contacto con la luz ¡como cobran totalidad en no decirlo, precisamente!

Diego Sequera (Caracas, 1983): "Cualquier poema encarna el complejo del momento individual en que fue escrito y la historia en la que se inserta, como un hecho más, mínimo pero cierto, de ejercicio de cultura, de dialéctica espiritual y de aspiración a aportar algo a una difusa identidad que el autor quisiera asir mejor, a pesar de no lograrlo. Pero eso sí, con mucho guillo a las totalidades: la historia siempre podrá rebasar al poema quiérase o no. Y así nos juzga desde la mirada y el compromiso".

Apuntes biográficos

Trópico Uno (Puerto La Cruz, 1964-1965). Revista y colectivo artístico fundado por los poetas Gustavo Pereira, Jesús Enrique Barrios, José Lira Sosa y el pintor Carlos Hernández-Guerra. Más tarde se les unieron el periodista y narrador Ramón Yánez, la pintora Gladys Meneses y los poetas José Barroeta, Eduardo Lezama, Luis José Bonilla y Luis Luksic. Además estuvieron muy cerca de las actividades del grupo los jóvenes Eduardo Sifontes y Rita Valdivia, entre otros. En total se imprimieron cuatro números de la revista y dos poemarios: *Preparativos de viaje* (1964) de Gustavo Pereira y *Por mi cuenta y riesgo* (1967) de José Lira Sosa. A pesar de la breve vida del grupo, *Trópico Uno* logró consolidarse como un foco integral de resistencia artística e ideológica en medio de una una década signada por la opresión y "conmovida por la subversión".

Jesús Enrique Barrios (Urica, Anzoátegui, 1937). Poeta, narrador y abogado. Perteneció a la agrupación literaria *Trópico Uno*, en cuya revista publicó varios textos poéticos de una prosa intensa y en momentos delirante. Ha publicado más de quince poemarios, entre los cuales podemos mencionar *Apremios de soñar* (1977), *Preparativos para el cansancio* (1978), *En calidad de humano* (1980), *Rigor del ocio* (1992), *Mutilaciones* (1995), *Otras contradicciones* (2000) y *Mientras vivo* (2006). ■ **José Barroeta (Pampanito, Trujillo, 1942-Mérida, 2006).** Poeta, crítico y abogado. Se involucró en varios colectivos literarios como *Tabla Redonda*, *Trópico Uno*, *En Haa*, *La República del Este* y *La Pandilla de Lautréamont*. Sus poemarios publicados son *Todos han muerto* (1971), *Arte de anochecer* (1975), *Fuerza del día* (1985), Cartas a la extraña (1972), *Culpas de juglar* (1996) y *Elegías y olvidos* (2006). En 2006 la editorial española Candaya publicó en un tomo su obra poética entera, con excepción de su primer libro, titulado *Perfiles* (1959). ■ **Luis José Bonilla (Río Caribe, Sucre, 1937-San Francisco de Macaira, Guárico, 1998).** Poeta y artista plástico. Se formó en la Escuela "Cristóbal Rojas" de Caracas y en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, en París. Fue profesor de la Escuela de Bellas Artes "Armando Reverón", en Barcelona, y perteneció al grupo *Trópico Uno*. Algunos de sus textos se recogieron en *Bajo la refriega* (1964) y *7 poemas* (1964). Posteriormente publicó los poemarios *Cráneo fosilizado* (1965) y *Libro de lamentaciones* (1967). ■ **Eduardo Lezama (Barcelona, 1941-1985).** Poeta y artista plástico. Estudió en la Escuela de Bellas Artes "Armando Reverón" de Barcelona y fue parte de la agrupación *Trópico Uno*. Es uno de los poetas recogidos en las publicaciones antológicas *Bajo la refriega* (1964) y *7 poemas* (1964). También aparecieron poemas suyos en algunos números de *Trópico Uno*. Posteriormente dirigió el Núcleo Cultural "Tucupita", en el estado Delta Amacuro. Sus libros son *Desde la hierba* (1968) y el póstumo *Poesías inéditas* (1990). ■ **José Lira Sosa (Maturín, 1930-Porlamar, 1995).** Poeta, narrador y periodista. Miembro fundador del grupo y la revista *Trópico Uno*. Su obra, de un surrealismo esencialmente tropical, insiste en la imagen del mar y en los dilemas del compromiso político. Sus libros de poesía son *Fiat-lux y otros poemas* (1954), *A la*

gran aventura (1960), *Por mi cuenta y riesgo* (1967), *Oscuro ceremonial* (1975), *Contraseña* (1982), *Enseres y atavíos* (1989) y *Con la palabra en la boca* (1994). Existen dos compilaciones de su obra poética entera: *Poesía* (Centro de Actividades Literarias "José Lira Sosa", 1998) y *Alrededor de la fogata* (El Perro y la Rana, 2006). ■ **Luis Luksic (Potosí, Bolivia, 1911-Caracas, 1988).** Poeta, artista plástico y titiritero. Estudió en el Instituto Superior de Bellas Artes de Oruro, en Bolivia, y posteriormente cursó Medicina en Santiago de Chile, carrera que abandonó para dedicarse a la pintura, la poesía y la lucha política. A finales de los años cuarenta llegó exiliado a Venezuela, donde continuó su labor artística y política, integrándose en los años sesenta al colectivo *Trópico Uno*. Sus únicos poemarios son *Cantos de la ciudad y el mundo* (1948) y *4 poemas 8 dibujos* (1958). ■ **Gustavo Pereira (Punta de Piedras, Nueva Esparta, 1940).** Poeta, crítico y abogado. Formó parte de la agrupación y revista *Símbolo* (1958), junto a Maximino Melchor y Adalberto Carrasco, y fue fundador de la revista y colectivo *Trópico Uno*. Ha publicado más de veinte poemarios, entre los que pueden mencionarse *Preparativos de viaje* (1964), *En plena estación* (1966), *El interior de las sombras* (1968), *Libro de los Somaris* (1974), *Vivir contra morir* (1988), *Oficio de partir* (1999, ganador de la XII Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre) y *Sentimentario* (2005). Ha recibido el Premio Municipal de Poesía de Caracas (1987), el Premio Fundarte de Poesía (1993) y el Premio Nacional de Literatura (2001), entre otros reconocimientos literarios. ■ **Eduardo Sifontes (Barcelona, 1949-1974).** Poeta, narrador, músico y artista plástico. Fue alumno de la Escuela de Bellas Artes "Armando Reverón", en Barcelona. Siendo muy joven se integró a las actividades del grupo y revista *Trópico Uno*. A finales de la década de los sesenta se le acusó de estar involucrado en actividades subversivas, por lo que sufrió cárcel y tortura en el campamento antiguerrillero de Cocollar, estado Sucre, y en la cárcel de La Pica, en Maturín. Estas experiencias definieron la temática de casi toda su obra literaria. Murió de cáncer a los 25 años de edad, habiendo publicado en vida únicamente un libro de poemas y relatos mínimos titulado *Rituales* (1972), con el cual resultó ganador, en 1970, del segundo premio de narrativa de la Bienal Literaria "José Antonio Ramos Sucre". Sus poemarios publicados, todos póstumos, son *Las conjuraciones y otros poemas* (1975), *Señas y contraseñas* (1985) y *La poesía está en juego* (1991). ■ **Rita Valdivia (Cochabamba, Bolivia, 1946-1969).** Poeta y artista plástico, también conocida como "La Comandante Maya". Vivió algunos años en Barcelona, estado Anzoátegui, donde cursó artes plásticas en la Escuela de Bellas Artes "Armando Reverón" y participó en las actividades del colectivo *Trópico Uno*. Posteriormente estudió Arquitectura en la UCV y realizó estudios universitarios en Europa. También formó parte (según Ángel Flores y Jesús Sanoja Hernández) de *Tabla Redonda* y *La Pandilla de Lautréamont*. En 1967, luego de haber sido entrenada en Cuba, regresó a su país natal para unirse al recién creado Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. En 1969, a los 23 años de edad, es asesinada en Cochabamba por el ejército boliviano durante el allanamiento de un refugio guerrillero. Su obra poética se encuentra publicada en algunas revistas como *Trópico Uno*, *En Haa* y *Rocinante* y en las publicaciones antológicas *Bajo la refriega* (1964) y *7 poemas* (1964), editadas por el *Círculo Ariosto*.

Esta edición se terminó de imprimir en las prensas de Editorial Ex Libris el 26 de julio de 2010.

En memoria del poeta Darío Lancini [1932-2010], juguetero de mirada transparente.

A 35 años de *Malencuentro, pero tenía otros nombres*, de Emira Rodríguez.

El Salmón - Revista de Poesía ■ Año III No. 8 ■ Mayo-Agosto 2010

PRÓXIMO NÚMERO

EN HAA

ISSN 1856-853X

9 771856 853003 0 8

PVP: Bs.F. 10